

«Donde menos se piensa, salta la liebre», dice el viejo refrán. Supongo que será verdad, pues soy poco ducho en aventuras cinegéticas. Mas, en un sentido traslaticio, sí puedo certificar que en quehaceres investigativos suelen ser fecundas algunas insinuaciones y dan lugar a grandes sorpresas.

Con motivo del II Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, organizado en San Sebastián por la Comisión de Guipúzcoa de la misma, presenté una ponencia titulada «Socios de la Real Sociedad Bascongada en México en el siglo XVIII», ya editada (San Sebastián, 1990, 119-70). Rompía con ello el horizonte limitado de nuestras habituales investigaciones para abrirlo nada menos que hacia el continente americano, donde alcanzó gran implantación en pleno siglo XVIII una Sociedad ilustrada que aún sigue viva entre nosotros.

En aquella ponencia daba cuenta de un fenómeno histórico no por olvidado menos singular. En efecto, precisamente en México nuestra Sociedad contó con un número llamativo de socios beneméritos, por no llamarlo exorbitante: más de medio millar. La lista completa de sus nombres y apellidos con la ciudad de su residencia mostraba claramente la implantación de la Sociedad a lo largo y ancho del virreinato de Nueva España. Ya resultaba sorprendente que una mitad de esos socios radicase en la ciudad de México, donde existía el precedente asociativo de la cofradía de Nuestra Señora de Aránzazu, potente asociación que unía a vascos y navarros y fue capaz de levantar en el corazón de la ciudad el soberbio Colegio de San Ignacio, llamado también de las Vizcaínas, que aún hoy sigue en pie y alberga escuelas para un millar largo de niños. Pero era más asombroso encontrar socios en todo lo largo y ancho de la vasta geografía mexicana, desde Chihuahua a Campeche, de Puebla a San Luis de Potosí, Guadalajara o Querétaro, desde Valladolid (Morelia) hasta Veracruz, por no mencionar lugares menores y más escondidos como Santa Clara de los Cobres. Entonces, y hoy, me sigue pareciendo un hecho asombroso.

El artífice de esta captación de socios fue el durangués Ambrosio de Meave, fundador de las Vizcaínas junto con los guipuzcoanos Aldaco, de Oyarzun y Echeveste, de Usurbil. Algunas cartas de Meave a la Sociedad, que edité, así como la nota necrológica que a su muerte publicaron los *Extractos*, mostraban claramente el celo proselitista de Meave y el reconocimiento público del mismo por parte de la Sociedad.

El fenómeno asociativo, repetido en proporciones considerables en el virreinato de Lima, en La Habana y Manila, y en menores proporciones en el virreinato de Buenos Aires, en Nueva Granada, Guatemala, Venezuela y hasta en Filipinas, ponía ante los ojos una realidad hasta ahora olvidada y seguramente sin parangón en ninguna de las demás sociedades económicas nacidas a imitación de la Bascongada en casi un centenar de ciudades españolas. En sí, y relativamente, esta irradiación singularísima era digna de estudio más profundo y suscitaba muchas preguntas, más allá del número global de socios y de los apellidos consignados.

10 ¿Quiénes eran realmente estos hombres, entre los que encontramos personalidades de las letras y del comercio, eclesiásticos y militares, religiosos y funcionarios más o menos altos y hasta siete virreyes?

¿Qué representaban en la sociedad en que se hallaban insertos, qué papel social desempeñaban, cuáles fueron sus inquietudes y anhelos, cómo y por qué se asociaron?

Dada su relevancia social ¿desempeñaron algún papel en la independencia americana y en los primeros pasos de las nuevas naciones desgajadas de la metrópoli?

La recurrencia del V Centenario del Descubrimiento de América nos indujo a aportar algo a tal conmemoración, convirtiendo tales preguntas en asunto monográfico del III Seminario de Historia de la Real Sociedad Bascongada. Al menos, no teníamos que enfrentarnos con puntos negros de conquista, genocidio o masacres, sino con gentes activas y creativas que contribuyeron eficazmente a estructurar la sociedad hispano-criolla que protagonizaría la independencia, suscitarían iniciativas de progreso y serían el armazón firme de una sociedad empeñada en participar en las corrientes ilustradas de la época.

Para intentar lograr tal objetivo era preciso contar con la colaboración de especialistas americanos, ya que era de todo punto imposible afrontar tal investigación desde aquí. Nuestras invitaciones fueron aceptadas y, podemos decirlo, con entusiasmo: ellos y nosotros *descubríamos* otra América, extraordinariamente interesante. Tras dos años de preparación y trabajo, la cosecha ha sido espléndida y hoy la ofrecemos al público.

Por primera vez en nuestra historia nos hemos asomado a un panorama nuevo, a un tema olvidado, si no es más desbrozando el camino y en primera aproximación. Personalmente puedo decir sin hipérbolo, y probablemente estarán de acuerdo todos los participantes en aquella reunión de trabajo, que en ningún congreso he aprendido más desde la primera hora hasta la última, yendo de sorpresa en sorpresa. Fue cayendo sobre todos un aguacero de noticias documentadas que, si nos ha abierto un horizonte insospechado, al mismo tiempo nos ha mostrado nuevas cimas que ocultan ulteriores horizontes futuros. El sentimiento común de todos los participantes en el Seminario era el de enorme sorpresa. Sorpresa que participarán quienes lean las páginas que siguen.

En este primer intento globalizador hemos recibido simplemente las generosas ofertas espontáneas, sin pretender un tratamiento orgánico y uniforme, y menos total, del fenómeno histórico estudiado. Unos han presentado estudios de conjunto o de vastas áreas geográficas, otros han dedicado su atención a un personaje, a una demarcación geográfica más limitada o a aspectos concretos variados. Entre todos, han contribuido a dar un perfil muy rico al tema, aun dejando en barbecho amplias zonas.

México, área privilegiada, ha sido objeto de un estudio de conjunto

de asombrosas perspectivas (Cristina Torales), de un estudio monográfico de un aspecto concreto como el de la contribución vasca —de miembros de la Sociedad Bascongada— al ramo de la minería (Elías Trabulse), o del estudio de los socios de Chihuahua y Guanajuato (Arenas-Márquez-Tellechea). Lohman Villena ha destapado un poco la gran olla del virreinato de Lima, mientras Unzeta Echavarri ha estudiado los socios de Arequipa —nada menos que treinta— y en particular la figura de Zamácola. La panorámica de Cuba fue desvelada por Moreno Friginals y Moreno Mas, Escobedo y Amores, mientras la de Puerto Rico recibía la aportación de Irene Fernández. Cerraba esta serie la contribución de Mariluz Urquijo sobre la presencia de la Sociedad en el virreinato de Buenos Aires y la de Ignacio Rodríguez sobre Simón de Anda, en Filipinas.

El nacimiento de sociedades económicas en América, a imitación de la Bascongada y a veces propiciado por socios suyos, fue objeto de diversos trabajos, como el de Demetrio Ramos acerca de la Sociedad de Mompo, cabeza de la llanura del bajo Magdalena en Nueva Granada; el de Montserrat Gárate sobre la Sociedad de Guatemala, el de Izaskun Álvarez sobre la de La Habana y el de Marta Santos sobre la de Nueva Granada.

Finalmente, otros estudios enriquecen el panorama, como el genérico de J. Astigarraga sobre las condiciones de la expansión de la Real Sociedad Bascongada en América, o el de Vidal Abarca, interesante análisis de la distribución de socios y evolución de los mismos (datos estadísticos, procedencia, clase social). J. Garmendia Arruebarrena aporta innumerables datos sobre Sevilla y Cádiz, nudos gordianos de la relación con América de la colonia vasca de aquende y allende los mares. Ángel Goicoetxea y Nieves M. Sigüenza abordan el sorprendente capítulo de la aportación de plantas medicinales de América y Filipinas por socios de la Bascongada y su participación activa en célebres expediciones científicas, completado por el primero de los autores con otro estudio sobre el conocimiento de la materia médica americana. Por fin, Gaizka de Uriarte presenta la figura de Olavarriaga, quien no fue socio de la Bascongada, mas merece el título de ilustrado.

La lectura de estos trabajos novedosísimos nos proporciona una nómina increíble de nombres, muchos de ellos figuras en los más diversos campos. Nos va descubriendo la red de relaciones familiares, comerciales o de amistad, vinculaciones de sangre, tierra o afanes, entre ellos; la fusión de vascos y navarros, de peninsulares y criollos, su participación en otras sociedades o en iniciativas variadas, su relevancia social y su número. Los socios americanos llegaron a constituir el 45 por 100 de toda la Sociedad; en algún momento (1788-89) fueron más los socios americanos que los peninsulares. Comparten todos ellos talante renovador, fe en el comercio y en el progreso, preocupaciones educativas. Algunos de los socios americanos enviaron sus hijos al Real Seminario de Vergara.

Debe notarse, por último, que junto a socios de la Bascongada comparecen otros vascos que no lo fueron, mas que forman parte de la diáspora vasca en América. En tal sentido la aportación de este Semi-

- 12 nario desborda los límites de la expansión de la propia Sociedad y contribuye al esclarecimiento de la expansión migratoria vasca en América. Precisamente desde este punto de vista la denominación genérica de vasco detectada por los colaboradores americanos, nos gustaría que fuese desglosada en sus orígenes concretos (vizcainos, alaveses, guipuzcoanos, navarros). Nos consta en muchos casos, no en todos. Es un dato irrelevante en el conjunto, mas para nosotros interesante.

En conclusión, no liebre, sino caza mayor —y muchas piezas— es lo que ha saltado donde menos se pensaba. Y aún nos cosquillea la fundada sospecha de que nos quedan muchas piezas por cobrar. Ha sido un primer intento, que deja abierto el camino, y hasta incrementado el apetito en los vascos y americanos que participamos en el Seminario, unos y otros igualmente sorprendidos por el resultado de nuestra primera aventura. Todo se andará. Mas será preciso caminar. Y nos ha quedado deseo acrecentado de hacerlo.

J. Ignacio Tellechea Idígoras
Universidad Pontificia. Salamanca
Miembro de la R. Sociedad Bascongada